



20 de abril de 2020

LA PRIMERA VEZ

Pasaron minutos, aunque parecieron horas. Las gafas se le empañaban con la mascarilla puesta. Era su primera vez. La primera que se enfundaba un traje EPI, la primera vez que entraba en la UCI, la primera que miraba al miedo a la cara. Le temblaban las rodillas. Entonces miró a la enferma. La vio encogida, la vio mayor, la vio tan vulnerable... Eso le dio fuerzas, no podía desfallecer, ahora no, ante ella no.

Luego empujó la camilla por aquel pasillo interminable. Mientras lo hacía imaginó en qué estaría pensando la mujer. A lo mejor no pensaba, simplemente se dejaba llevar a su destino, el que fuera. La vio con los ojos cerrados, y supuso que su mente haría un esfuerzo único en soñar que abandonaba el hospital de una vez por todas. Y aquella enfermera novata que entraba por primera vez en una UCI, que temblaba como un flan y que no podía limpiarse las gafas cada vez más empañadas entendió que ella estaba allí para hacer realidad ese sueño.

Entonces decidió que haría algo más que dejarlo todo en manos de la ciencia, y cuando sedaron a la mujer y la conectaron al respirador, se colocó a su lado y empezó a hablarle. No supo realmente por qué, pero las palabras le salieron a borbotones, y le habló de lo que le habían temblado las piernas aquella primera mañana y de que era su primera vez y de aquel vaho que le empañaba las gafas. Le habló de su padre, tan mayor, que cada mañana salía al alféizar de la ventana con migas de pan en las manos para dar de comer a los pájaros. Le habló de los pájaros, que iban de aquí para allá delante de los ojos de su padre dibujando trazos de libertad delante de él. Le habló de días soleados y de cielos azules, de los momentos felices que construían la memoria, y del paso del tiempo que va modelando las vidas. Las nuestras. Y entonces divagó con que todo era un libro abierto por escribir, el suyo todavía con muchas hojas en blanco, tan joven era, y el de ella, que sería seguro un cuento precioso al que aún le faltaban demasiadas páginas por completar. Le dijo que nadie puede dejar un cuento a medio escribir, y que, aunque solo fuera por eso, debía resistir.



Estaba agotada, pero le dio igual, sabía que era un juego a todo o nada, y por eso siguió modulando su voz como si fuera una canción interminable, en un soliloquio que ella convirtió en conversación con la fuerza de su propia voluntad. Pensó que estaba llenando a la mujer de palabras, y eso le pareció muy buena idea, que no fuera solo química lo que pudiera curarla. Y así siguió durante horas escribiendo su propio cuento para que la mujer pudiera contarlo algún día.

Cuando finalmente la vio sonreír, se quitó las gafas de una vez y las limpió concienzudamente.

Ignacio Martínez Buenaga